

EL INICIO Y SUS LOCURAS

La cárcel es un lugar agradable para aquellos que saben vivir en ella. Siempre puedes cambiar cigarrillos por tareas, ya que a pocos les gusta limpiar pero todos tienen adicciones; o conseguir amigos regalando algunas revistas que has leído todos los días durante los últimos dos años. Nunca debes acercarte a los que se meten en follones a no ser que el que busca follón seas tú y necesites un poco de diversión. Y así es como recuerdo mi estancia en ese lugar: tranquilo, divertido, y pequeño. Crecer entre barrotes no es siempre la mejor de las opciones, a veces puede resultar sucio y maloliente, pero tienes unas buenas gachas día sí y día también. Durante toda mi pubertad, hombres, niños y mujeres entraban y salían sin siquiera tener tiempo a grabar su nombre en la pared o que los recordaran por llorar toda la noche, pero así es la vida en tiempos de guerra: precoz. La mayoría entraban aquí para ser ejecutados a las horas, y otros pocos entraban como escarmiento para luego salir con temor a vivir, y suicidarse afuera. ¡Qué tiempos aquellos! Dramas como estos ya no se ven, y cómo la gente jovenzuela debe aprender de sus mayores, vengo a desmentir paparruchas de la vida tal que la cárcel es aburrida o que no debes cortarle la mano al carnicero del pueblo, para no acabar en la cárcel.

Todavía recuerdo el día en la que el carnicero perdió la mano. Era abril, y el hijo guapo del charcutero, el mayor, porque el pequeño parecía un pequeño puerco tallado por su propio padre, y yo, habíamos hecho una apuesta. El insistía en que Miguel, un joven despistado de ojos azules por el cual babeaba entonces, no notaría la diferencia si en lugar de conejo en el arroz, este llevara gato; y yo tozuda, insistía en que no, y que aunque pasara, tampoco iría como pareja del hijo mayor a las fiestas mayores. Así se sentenció el pacto: él apostaba, por la mano de su padre, con la que cortaba el pescuezo a los animales del matadero, que Miguel

comería gato sin darse cuenta y que yo bailarían con él cuando llegara la noche de la primera verbena. Me escupí en la mano, y las estrechamos. Ambos teníamos doce años.

Tan rápido hube acabado la charla con el chico guapo, fui en busca de Miguel. Le advertí que intentarían colarle un gato como si fuera un conejo, y que él, contra todo pronóstico, debía permanecer atento y darse cuenta del percance. Faltaban tres días para el comienzo de las fiestas. Ese día no ocurrió nada, ni al siguiente, ni tampoco durante la mañana del otro. No fue hasta la víspera de la fiesta que Miguel, con el animal en la mano, vino corriendo a la plaza, gritando: “¡Mariana, tu gata, la que esperaba gatos en primavera, me la han intentado vender!” Y en efecto, cuando el chico vació las tripas del animal en el suelo, cinco cachorros rodaron a fuera, tan rosas y manchados de sangre que cualquiera habría confundido con los de cualquier otro animal, pero mi gata no apareció nunca más.

Cuando comenzó la verbena baile con Miguel y con otros niños del pueblo mientras los mayores bebían y comían alrededor de la fogata (cabe recalcar que con el hijo del charcutero no bailé); y cuando llegó el alba, y todos se habían ido adormeciendo con el calor de las brasas, levanté el hacha del leñador, por encima de la cabeza y me cobre la mano.

Mientras el carnicero gritaba y el pueblo, adormecido y atontado, intentaba comprender sus gritos, levanté el hacha una vez más cobrándome la vida de mi gato, a cambio de otra mano, la perteneciente al hijo guapo del carnicero, apodado el manco por el resto de su vida, al igual que fue apodado su padre.

Aunque cabe decir que no fue por eso por lo que acabé en prisión, fue un detonante, sí, pero no la causa.

Y si pensáis que esto podría ya considerarse una masacre, o todo un drama, no teneis ni idea, porque una vida es muy larga y este es solo el principio.

Pseudónimo: Marina